

“... et Roma de more, et Constantinopolis de imitatione”. Notas sobre una genealogía de Edward Gibbon a lord Acton

“... et Roma de more, et Constantinopolis de imitatione”. Notes on a Genealogy from Edward Gibbon to Lord Acton

Antonio Lastra¹

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4470-4494>

Recibido: 07-05-2022

Aceptado: 01-12-2022

Resumen

A Edward Gibbon (1737-1794) le habría parecido una ironía que el dato más relevante de su genealogía personal no se encontrara en el pasado sino en el futuro y que lord Acton (1834-1902) formara parte, aunque de la manera más remota imaginable, de su legado. Al margen de todas las instituciones de su época, salvo la constituida por el mundo de lectores en el naciente mercado editorial, *La historia de la declinación y caída del imperio romano* (1776-1788) es una obra acabada que lord Acton no lograría emular con su proyecto de una *Historia moderna*.

Palabras-clave: Edward Gibbon, lord Acton, Declinación y caída del imperio romano, Historia moderna.

¹ (antoniolastra@latorredelvirrey.es). Antonio Lastra (Valencia, España, 1967) es doctor en Filosofía, profesor de Filosofía en el IES Camp de Túria (Liria, Valencia) e investigador externo del Instituto Franklin de Investigación en Pensamiento Norteamericano de la Universidad de Alcalá. Dirige La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados. Sus campos de trabajo preferentes son la ecología de la cultura, la traducción como *lingua franca*, la escritura constitucional americana, el problema teológico-político, la literatura inglesa y los estudios sobre cine. Su último libro es *Estudios nobles* (UCO Press/Editorial Universidad de Córdoba, 2020). En la actualidad prepara la edición y traducción de *Una antología del espíritu* de George Santayana. Entre sus últimos trabajos destacamos: edición y traducción del francés: Edward Gibbon, *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, Ediciones del subsuelo, Barcelona, 2022; edición y traducción del inglés: Edward Gibbon, *Memorias de mi vida*, Cátedra, Madrid, 2022; edición y traducción del inglés: Walter Savage Landor, *Pericles y Aspasia*, en colaboración con José María Jiménez Caballero, Apeiron Ediciones, Madrid, 2022, y “Las redenciones de Jacob Taubes” (Elettra Stimilli, *Jacob Taubes*), *Claves de razón práctica* 281 (marzo-abril de 2022), pp. 146-149, entre otros.

Abstract

It would have seemed ironic to Edward Gibbon (1737-1794) that the most relevant element in his personal genealogy lay not in the past but in the future, and that Lord Acton (1834-1902) was, however remotely, a part of his legacy. Aside from all the institutions of its time, except for the only one constituted by the world of readers in the nascent publishing market, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788) is an accomplished work that Lord Acton could not emulate with his project of a *Modern History*.

Keywords: Edward Gibbon, lord Acton, Decline and Fall of Roman Empire, Modern History.

Acton I want some memories.
Edward Gibbon²

On était à l'aurore de l'Empire. Ceux qui lisent aujourd'hui des histoires de la Révolution française ne sauront jamais quels immenses intervalles la pensée publique mettait entre les événements si rapprochés de ce temps. Le besoin général de paix et de tranquillité que chacun éprouvait après de violentes commotions, engendrait un complet oubli des faits antérieurs les plus graves.

L'Histoire vieillissait promptement, constamment mûrie par des intérêts nouveaux et ardents.

Honoré de Balzac

Une ténébreuse affaire I, 1 (1840-1841)

1. Introducción

La vida y la obra de Edward Gibbon (1737-1794) parecen haberse interrumpido oportunamente antes de que empezaran a dejar su impronta sobre la época lo que ahora consideramos grandes acontecimientos del Renacimiento, la Reforma o la Revolución francesa. No fue por casualidad que, en la culminación de *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* (en adelante *Declinación y caída*), cuya última entrega se publicaría en mayo de 1788 coincidiendo con el quincuagésimo primer aniversario del

² “De los Acton me faltan algunas memorias” (Gibbon 2022a: 349). La frase es una nota a pie de página del propio Gibbon a su Memoria F. Me refiero siempre a esta edición, que dispone en orden cronológico, sin otra intervención editorial que la traducción, los seis esbozos autobiográficos inéditos a su muerte y ofrece una bibliografía actualizada de Gibbon. Para la *Declinación y caída* sigo Gibbon 1994.

escritor, Gibbon volviera la vista a la ciudad de Roma durante la Edad Media, tras la narración de la declinación y caída del Imperio en Oriente, señalando así la culminación de una carrera que había encontrado su inspiración, veinte años antes, entre las ruinas del foro. “La mayor, tal vez, y la más espantosa escena de la historia de la humanidad” –como escribió en la conclusión del capítulo LXXI– le obligaría a confesar tanto sus propias imperfecciones como historiador cuanto las deficiencias de los materiales con los que había tenido que trabajar y que habían ido formando paulatinamente su inmensa biblioteca personal³. En la Memoria E, probablemente el más logrado de todos los esbozos autobiográficos que nos han quedado, Gibbon anotó la premonición del final de la vida en relación con el final de su obra:

Me he atrevido a señalar el momento de la concepción [de la *Declinación y caída*]; conmemoraré la hora de mi liberación final. Fue el día, o más bien la noche, del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce, cuando escribí las últimas líneas de la última página en un cenador de mi jardín. Tras dejar la pluma di varias vueltas por un *berceau* o paseo cubierto de acacias, que domina una perspectiva del campo, el lago y las montañas [de Lausana]. El aire era templado, el cielo estaba sereno, el orbe plateado de la luna se reflejaba en las aguas y toda la naturaleza estaba en silencio. No ocultaré las primeras emociones de alegría por la recuperación de mi libertad y tal vez el establecimiento de mi fama. Pero mi orgullo fue pronto humillado y una sobria melancolía se extendió por mi mente con la idea de que me había despedido para siempre de un viejo y grato compañero y de que, cualquiera que fuera la fecha futura de mi *Historia*, la vida del historiador era breve y precaria (Gibbon 2022a: 318-9).

En el manuscrito que se conserva de la Memoria E en el Museo Británico, sin tachar “era”, figura como corrección “debe ser”. La vida del historiador se prolongaría, sin embargo, seis años más –o tres, si contamos por el colofón de la Memoria de 2 de marzo de 1791– hasta el 16 de enero de 1794, cuando murió inesperadamente en Londres a consecuencia de las complicaciones de una operación quirúrgica, mientras imaginaba algunos proyectos históricos y preparaba la edición de sus memorias. En la misma Memoria E dejaría constancia de su “asentimiento al credo del señor [Edmund] Burke sobre la Revolución de Francia” (M 327) y tal vez fuera el mismo Burke (acompañado por el *monsignor* Charles Erskine, el influyente nuncio papal en Inglaterra) con quien Gibbon mantendría la última gran conversación de su vida, semanas antes de su muerte; una conversación cuyo tema hubo de ser, sin duda –tal vez con algunas observaciones o reparos por su parte sobre “los establecimientos de

³ En ‘Una vindicación de algunos pasajes de los capítulos XV y XVI de *La historia de la declinación y caída del Imperio romano*’ (1779), Gibbon vincularía su oficio como historiador a la posesión de una biblioteca personal. Véase la traducción de este importante documento en el monográfico sobre el autor publicado en *Araucaria*.

la Iglesia” defendidos por Burke–, la Revolución con mayúscula, que Gibbon había visto asomarse desde su *berceau* en la orilla opuesta del lago Lemán y que, tras los acontecimientos del verano de 1789, había transformado por completo la percepción que los contemporáneos tenían de la realidad. Con minúscula, “revolución” era un término frecuente en su escritura y Gibbon había hablado de muchas otras e incluso caracterizado la propia declinación y caída del Imperio romano como “una revolución que las naciones de la tierra recordarán siempre y [cuyos efectos] aún sienten” en el primer párrafo de su obra. En el crucial capítulo XLVIII, publicado en el quinto volumen en 1788, Gibbon esbozará además la variante de la “revolución pasiva” de Constantinopla, planteando el problema –tal vez el verdadero hilo argumental de toda la obra– de la autenticidad de las *mores* republicanas frente a la mera *imitatio* imperial. Con esta perspectiva, la primera revolución pasiva habría sido, en realidad, la transformación del principado en la monarquía absoluta de Augusto, con quien empezaba la *Declinación y caída*⁴. El capítulo XLVIII sería, de hecho, una reescritura casi performativa del primero, de manera que la ausencia de notas a pie de página, una rareza en el resto de la obra, suponía el texto mismo de la *Declinación y caída* como aparato crítico. Si hubiera vivido para ver el Imperio napoleónico (que tendría incluso su propia farsa medio siglo después), Gibbon habría podido corroborar su intuición de que la Revolución francesa, en cualquiera de sus fases, incluidos el Terror, la República y la Restauración, no era más que un fenómeno recurrente en una larga serie mimética⁵.

⁴ Véase Hermosa Andújar 2022.

⁵ En una conversación reciente con el profesor José Luis Villacañas Berlanga a propósito de su libro *La revolución pasiva de Franco* he tenido ocasión de sugerir que Vincenzo Cuoco pudo tomar el concepto de “rivoluzione passiva”, que aparece en su *Saggio storico sulla Rivoluzione di Napoli* (1801-1806³), de la traducción italiana de la obra de Gibbon, *Istoria della decadenza e rovina dell’Imperio Romano tradotta dall’Inglese* por A. Fabbroni y Poggi, que se publicó en Pisa entre 1779 y 1786. El pasaje de Gibbon, cuyo contexto es la historiografía bizantina, es el siguiente: “Abandonaría sin pesar a los esclavos griegos y sus serviles historiadores si no hubiera reflexionado en que el hado de la monarquía bizantina está *pasivamente* [la cursiva es de Gibbon] relacionado con las revoluciones más espléndidas e importantes que han cambiado el estado del mundo” (Gibbon 1994: 3.25). Thomas Paine, el gran adversario de Burke, usaría el concepto en *Rights of Man*, en 1791 (Gibbon y Paine fueron emparejados en seguida en el terreno de la crítica de la religión), y Antonio Gramsci lo retomará, siguiendo a Cuoco, en los *Quaderni del carcere*. Sería interesante articular la inflexión del término *populus* (*people* en Gibbon y Paine, *popolo* en Cuoco y Gramsci), cuya etimología, de acuerdo con los juristas medievales, remitía a *polis*, no al *demos*. Que no pueda haber republicanism sin platonismo es lo que llevó a Gibbon a volver a leer los diálogos de Platón tras la publicación de su *Declinación y caída* (me permito remitir aquí a mi introducción a las *Memorias de mi vida* de Gibbon). Véase la conversación citada con el profesor Villacañas en la serie de *Mundo interpretado*: <https://www.youtube.com/watch?v=YD0jUhf8IZ4&list=PLeuCJxFO0EPp-WDRnTITMqiyYWnciNVm&index=19>.

2. Revolución pasiva

En el siguiente pasaje de la Memoria E —que cito por extenso y que incluía la mencionada nota de asentimiento a Burke— se insinuaban, por el contrario, todos los registros de lo que pronto se consideraría el lenguaje reaccionario, aunque no sea difícil captar, entre la ironía y cierta frivolidad, la restricción previa del autor:

Los desórdenes de Francia han nublado en los dos o tres últimos años nuestra tranquilidad: muchas familias de Lausana se han alarmado y visto afectadas por los terrores de una bancarrota inminente, pero la revolución o más bien la disolución del reino se han oído y sentido en las tierras adyacentes. La vecindad, los modales y el lenguaje de Lausana han atraído a un enjambre de emigrantes de ambos sexos, que escapaban de la ruina pública, y los primeros nombres y títulos de la difunta monarquía ocupan ahora nuestras estrechas habitaciones en la ciudad y en el campo. Esos nobles fugitivos tienen derecho a nuestra piedad; pueden reclamar nuestra estima, pero, en el estado presente de su mente y fortuna, no pueden contribuir a nuestra diversión. En lugar de contemplar como espectadores tranquilos y ociosos el teatro de Europa, la infusión del espíritu de partido ha amargado en cierto modo nuestra armonía doméstica; nuestras damas y caballeros asumen el carácter de políticos autodidactos y los clamores de los *demócratas* triunfantes silencian los dictados de la sabiduría y la experiencia. Los fanáticos misioneros de la sedición han esparcido las semillas del descontento en nuestras ciudades y aldeas, que habían florecido durante doscientos cincuenta años sin temer la llegada de la guerra ni sentir el peso del gobierno. Muchos individuos, y algunas comunidades, parecen haberse infectado de la enfermedad francesa, las salvajes teorías de la libertad igual e ilimitada, pero confío en que el cuerpo del pueblo será fiel a su soberano y a sí mismo y me satisface que el fracaso o el éxito de una revuelta terminen igualmente en la ruina del país. Mientras la aristocracia de Berna proteja la felicidad, es superfluo investigar si se basa en los derechos del hombre: la economía del Estado se suple liberalmente sin ayuda de tasas y los magistrados *deben* reinar con prudencia y equidad, puesto que están desarmados en medio de una nación armada. En cuanto a mí mismo (evitemos el presagio) solo puedo declarar que el primer redoble de un tambor rebelde sería la señal de mi partida inmediata (Gibbon 2022a: 327-8).

La vinculación con Suiza, que le daría a Gibbon la primera perspectiva de la Revolución, no era en modo alguno accidental. Lausana había sido el lugar elegido por el padre de Gibbon para alejarlo de Inglaterra tras la conversión juvenil al catolicismo y se convirtió después en el verdadero escenario de su educación —la educación que cada uno se da a sí mismo después de la que ha recibido de los demás (M 113)—, para acabar como “el retiro más grato”, en última instancia frustrado, en el declive de su vida. A la libertad de los suizos habría querido dedicar inicialmente Gibbon su trabajo como historiador y,

aunque el desconocimiento de la “bárbara” lengua alemana lo disuadió de llevar a cabo la tarea, un largo fragmento inédito en francés se publicó en la edición póstuma de sus obras menores en 1814 (en medio de la Restauración europea). El fragmento pone de relieve una escritura republicana clásica: “Les Suisses avoient fait valoir le titre de membres libres de l’empire. [...] “L’amour de la patrie régnoit au fond de tous les coeurs, et par une illusion qui fait la vertu des républiques le citoyen confondoit ses intérêts avec la gloire et le bien de l’état”, una escritura que se manifestaba entre líneas y a la que, por ilusa que fuera, Gibbon volvería una y otra vez sobre la falsilla de Tácito y los historiadores romanos en su *Declinación y caída*⁶.

Con esta perspectiva, es característico que el cargo que los bizantinistas le han reprochado siempre a Gibbon –que considerase pasiva la relación de la monarquía bizantina con “las revoluciones más espléndidas e importantes que han cambiado el estado del mundo”– se base en el mismo equívoco que ha llevado a los partidarios de la Ilustración radical a considerar a Gibbon un reaccionario en la estela de Burke. (Es probable, de hecho, que Gibbon coincidiera con Joseph de Maistre y Benjamin Constant en el salón de los Necker en el exilio suizo por la época en la que Constant había acuñado el término en su *Des reactions politiques*.) Bizancio, por supuesto, tuvo su propia actividad a lo largo de una declinación de mil años casi coetánea con su fundación y el gran estudioso de la Ilustración Jonathan Israel acierta, en parte, al describir la mutación oligárquica de la “libertad de los suizos”, especialmente en el cantón de Berna, tras la Revolución, si no antes: hay incluso cierta circularidad en describir los concilios eclesiásticos del siglo XV y el humanismo de Erasmo, de Constanza a Basilea, como “los estados generales de Europa”, como hace Gibbon en el capítulo LXX de la *Declinación y caída*, poco antes de que Luis XVI, que fue un lector atento de Gibbon, se viera obligado a convocar los estados generales de Francia en el otoño de 1788; pero tanto unos como otros no tienen en cuenta del todo lo que podríamos llamar la reticencia gibboniana, que subyace a la literalidad de su escritura: “... et Roma de more, et Constantinopolis de imitatione” sigue siendo una de las fuentes inalterables de consulta para leer la *Declinación y caída*⁷. “Constantinopla” sería, para Gibbon, el significante

⁶ Gibbon 1814: 3.39-330. Lord Sheffield, albacea editorial de Gibbon, ya había publicado en dos volúmenes en 1796 una primera colección de los escritos menores del historiador, incluidas unas *Memorias* editadas como una sola narración. Sheffield devolvía en 1814 a Gibbon a la actualidad del mundo de lectores, entre la abdicación de Napoléon y la convocatoria del congreso de Viena, con la intención de atenuar su reputación antirreligiosa y enfatizar su conservadurismo.

⁷ Véase Gibbon 1994: 1.607 n. 89. “... et Roma de more, et Constantinopolis de imitatione” (“... in Rome, from custom; in Constantinople, from imitation”, en la traducción de Gibbon) es una frase de Ausonio en su *Acción de gracias al emperador Graciano por su consulado*. La cita es un ejemplo de la escritura republicana de Gibbon (no de la de Ausonio, como lamenta Gibbon), que se extiende por todo el epígrafe sobre el consulado durante la época imperial: “En la medida en que los cónsules romanos eran los primeros magistrados de un estado libre, derivaban su derecho al poder de la elección del pueblo. En la medida en que los emperadores condescendieron a disfrazar la servidumbre que habían

de todas las imitaciones históricas, incluida la Revolución francesa –en este sentido, tan pasiva como la monarquía bizantina o la de Augusto y la fase imperial de Napoleón–, y, con la caída de la Constantinopla “real”, que había pervivido hasta 1453, Gibbon pudo poner punto final también a la exposición de la historia de una idea: “Constantinopla ya no pertenece al historiador romano [...] una despedida definitiva del imperio griego” (DF LXVIII 3.970 y 976). Que marcara el final de su vida solo puede tener como resultado ofrecer una imagen del historiador del siglo XVIII que se vio siempre a sí mismo, con una ecuanimidad inimitable, más como un hombre de mundo que como un hombre de letras; hoy diríamos que se habría resistido a ser un especialista y habría preferido ser coherente con la extensión misma de lo que había tenido que narrar. Aunque el capitán de granaderos de la milicia y el parlamentario tory que fue Gibbon no fueran inútiles para el autor de la *Declinación y caída*, no ha de olvidarse que el historiador no trabajaba para ninguna otra institución –la universidad menos que ninguna otra– que no fuera el mundo de lectores. El mercado editorial, no el Estado ni la Iglesia, determinarían su reputación o el olvido. (El editor de la *Declinación y caída* sería el mismo que el de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith.)

3. Memorias de los Acton

Es innegable, sin embargo, que ese *Esquire*, como Gibbon gustaba de considerarse a sí mismo, lo era, como Honoré de Balzac medio siglo después, *sine nobilitate* y que los vanos intentos por procurarse una genealogía en sus *Memorias* no pueden por menos que suscitar una sonrisa conmisericordiosa en el lector. El esnobismo de Gibbon, por encantador que pueda parecer, no aporta nada a su obra e incluso la perjudica en ocasiones. Del mismo modo que ocultaría fatal e inútilmente su enfermedad a los ojos del mundo, Gibbon trató de ocultar que siempre estuvo “solo en el paraíso”, como confesaría al final de su vida, y que no era más que un invitado (o el *honour guest* por antonomasia) en las grandes casas solariegas de Inglaterra o en los salones del continente. “Soy el literato en su gabinete”, reconoció prolépticamente en el primero de sus libros, y por eso pudo ser también, en la única genealogía que verdaderamente le corresponde, el heredero de Tácito y de Tucídides y convertirse en el

impuesto, los cónsules seguían siendo elegidos por el sufragio real o aparente del senado [...]. Sin embargo, aún se sentía y reconocía, en el último periodo de la servidumbre romana, que ese nombre vacío [*i. e. cónsul*] podía compararse, e incluso preferirse, a la posesión del poder sustancial. El título de cónsul seguía siendo el objeto más espléndido de ambición, la recompensa más noble de la virtud y la lealtad. Los propios emperadores, que desdeñaban la tenue sombra de la república, eran conscientes de que adquirirían un esplendor y majestad adicionales tan pronto como asumían los honores anuales de la dignidad consular” (Gibbon 1994: 1.605, 607). Antonio Alvar traduce “Roma por tradición [y] Constantinopla por imitación” en su edición de las *Obras* de Ausonio (Ausonio 1990: 2.117).

“historiador filósofo” que Montesquieu y Hume habían llegado a ser en la generación anterior a la suya⁸.

Si Gibbon hubiera vivido lo suficiente para completar las memorias que le faltaban para trazar su genealogía en busca de los vínculos que lo unían efectivamente a los Acton, como menciona en las *Memorias*, se habría encontrado, sin embargo, con la misma sorpresa que se había llevado al querer vincularse al Persevante de Manto Azul, el John Gibbon autor de una *Introductio ad Latinam Blasoniam* que aparece en sus esbozos autobiográficos de una manera tan reiterada como errónea: uno y otro Gibbon, y tal vez Gibbon y lord Acton, el heredero más célebre de la estirpe, no pertenecían, al parecer, a la misma rama familiar. Como Gertrude Himmelfarb señaló en la primera gran monografía sobre lord Acton de la que disponemos, el historiador victoriano habría estado “mucho menos inclinado [de lo que lo habría estado Gibbon] a jactarse de su relación con el historiador que había descrito audazmente el auge del cristianismo como *el triunfo de la barbarie y de la religión* y tuvo que considerarse afortunado por no tener sangre de Gibbon, pues los Gibbon solo se habían relacionado con la rama más antigua de la familia”. El último biógrafo de lord Acton, Roland Hill, ha observado, sin embargo, a una distancia ideológica más favorable, que el desdén no era un mero fastidio aristocrático ni una reserva religiosa (lord Acton sabía, como el cardenal Newman, que Gibbon había escrito la mejor historia eclesiástica que podía leerse entonces –y que tal vez siga siendo la mejor incluso ahora– y probablemente intuyera que la satisfacción que Gibbon sentía por su capítulo sobre Atanasio no era circunstancial: los obispos, primero, y los papas después, le habían disputado a los emperadores la representación popular), sino que tenía que ver con la preferencia de lord Acton por los historiadores que, a diferencia de Gibbon y como él mismo, habían consultado menos las bibliotecas (el gabinete) que los archivos: lord Acton se sabía en el inicio de la época documental⁹.

La genealogía de sangre, en cualquier caso, importa muy poco, aunque no deje de ser una curiosidad que dos de los mayores historiadores en lengua inglesa (y tal vez los dos mayores historiadores en lengua inglesa) puedan mostrar con su novela familiar la inanidad de la herencia de la carne –jel

⁸ Véase Gibbon 2022b: 67. Aunque el joven Gibbon afirmara que “solo conozco que Tácito haya satisfecho mi idea de ese historiador filósofo” (p. 96), en las últimas páginas de la *Declinación y caída* confiesa haber tenido “ante los ojos la imagen viva” de Tucídides (Gibbon 1994: 3.954 n. 45). El “historien philosophe” no es el mismo tipo que el “filósofo de la historia” que, una vez que Voltaire acuñara el término, se apropiaría del campo. Véase Lord Acton 1988: 2.496-503.

⁹ Véanse Himmelfarb 2015: 6 y Hill 2000: 258 (el sacerdote que ofició el sepelio de Acton, sin embargo, mencionó entre los ancestros del aristócrata al “gran Edward Gibbon”, 402). Véase Lord Acton 1988: 2.512-3: “Son pocos, de hecho, los temas sobre los cuales se hayan empleado los recursos de tal manera que nos contentemos con el trabajo que han hecho para nosotros y no deseemos rehacerlo por completo. [...] Aún estamos al inicio de la época documental, que tiende a hacer la historia independiente de los historiadores, a desarrollar el conocimiento [*learning*] a expensas de la escritura [*writing*] y a lograr también una revolución en otras ciencias”.

Esquire del Lord, el escudero del señor!– en las cuestiones del espíritu. Lo decisivo radica, por el contrario, en el hecho de que lord Acton (1834-1902), un patricio formado en los archivos de toda Europa, conocedor profundo del alemán, católico y liberal, consejero del Imperio británico, pero marginal en el *establishment* inglés hasta el encargo de la Universidad de Cambridge de aceptar la cátedra, y la historiografía, de la Historia Moderna, solo pudiera empezar su propia tarea como historiador donde Gibbon había terminado la suya y donde existencialmente el *Esquire* se había detenido. El gran proyecto de lord Acton –como todos los suyos, inacabado y seguramente inacabable– de una *Modern History*, un proyecto inviable sin el respaldo institucional de la universidad y la cooperación de otros escritores, daba por supuesto, tácitamente, el paradigma de la declinación y caída y había de partir de una investigación profunda de los grandes acontecimientos del Renacimiento, la Reforma (y la Contrarreforma, que llegaría hasta el primer Concilio Vaticano, del que lord Acton no podría decir que se hubiera parecido a la convocatoria de “los estados generales de Europa”) y la Revolución francesa; por supuesto, había de partir también del asentimiento al credo del señor Burke: “Burke tenía razón al rechazar la Revolución: enemiga de la libertad”, “Los *Discursos* de Burke de 1790 a 1795: son la ley y los profetas” (SW 3.540). Más que vidas paralelas, en el caso del *Esquire* Gibbon y de lord Acton ha de hablarse de paradigmas en conflicto y el de la declinación y caída no permite pasar con facilidad al de la historia moderna. Podríamos pensar, incluso, que el paradigma de la declinación y caída resiste mucho mejor la confrontación con el paradigma renacentista de una Edad Media –o los paradigmas recientes de la Antigüedad tardía de Peter Brown o la Ilustración radical del mencionado Jonathan Israel– de lo que el paradigma de la historia moderna resiste la confrontación con el de la historia universal o el de la *longue durée* con el de la microhistoria. Podríamos decir también que el conflicto actoniano entre *learning* y *writing* no había existido realmente para Gibbon, que combinaría felizmente ambas facetas.

4. Historia moderna

Para lord Acton, la historia moderna empezaba tras la caída de Constantinopla y era sinónimo de Revolución con mayúscula; la Revolución garantizaba, de hecho, la unidad de la historia moderna. ‘El estudio de la historia’, la influyente lección inaugural pronunciada por lord Acton en 1895 como *Regius Professor* de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge, era, en realidad, el programa de la *Modern History* que habría debido escribir y coordinar al incorporarse, tras décadas de un ostracismo augusto, al *establishment*

constitucional y académico de Inglaterra¹⁰. Aunque el índice de nombres de la edición más autorizada de lord Acton en la actualidad –publicada por Liberty Fund– no lo mencione, Gibbon aparecía citado al lado de los *érudits* a los que había defendido en su *Ensayo sobre el estudio de la literatura* y registraría escrupulosamente a lo largo de la *Declinación y caída*: Muratori y Tillemont y Leibniz y Fréret (la lista, por supuesto, es mucho más larga), a los que lord Acton concedía que siguieran siendo ampliamente leídos, que fueran precisos y capaces y, en el caso de Gibbon, con un ambiguo elogio, que conservara en especial el magisterio en “the craft of composite construction”. En cualquier caso, había empezado una nueva época para los historiadores. La apertura de los archivos –del Vaticano a Viena, de Madrid a San Petersburgo– exigiría de ellos la solidez de la crítica y el arte de la investigación y el contraste, además de la profesión de fe en el dogma de la imparcialidad. Ni la Iglesia ni el Estado, concluía el cosmopolita lord Acton, podrían elevar de nuevo la pauta de la historia si el historiador la rebajaba.

The Cambridge Modern History que lord Acton había planeado tras su lección inaugural y que no pudo llevar a cabo empezó a publicarse en 1902, varios meses después de su muerte. En el Prefacio, los editores mostraban su fidelidad al diseño del historiador. La *Modern History* debía ser una narración (no una historia) universal, aunque se dirigiera a lectores ingleses, que, por encima de las naciones o de cualquier otra forma episódica, mostrara “un proceso superior” (*a higher process*) en el que se trasluciera el consenso del mundo civilizado. La tarea exigía una escrupulosa división del trabajo: la masa de los materiales superaba “el alcance de una sola mente” y requería un “principio cooperativo” a lo largo de los doce volúmenes previstos (más otro de índices y un atlas final), cada uno de los cuales habría de girar alrededor de una “idea central”, ejemplos de la cual eran el Renacimiento, la Reforma, la Revolución francesa o Napoléon¹¹. Los editores insistían en su firme adhesión a “la concepción de la historia moderna, y de la historia de la Europa moderna en particular, como una sola entidad”.

¹⁰ Sin embargo, en el importante Apéndice de las lecciones sobre la Revolución francesa que pronunciaría en Cambridge, dedicado a ‘La literatura de la Revolución’ (*i. e.* a los historiadores de la Revolución y la transición hacia el Imperio), el tono es distinto. El último párrafo podría haber sido de Gibbon, a quien no cita: “Tendríamos que esperar mucho tiempo al hombre que conociera toda la verdad y tuviera el valor de decirla, que fuera cuidadoso con los intereses ajenos además de los suyos y trabajara para satisfacer a los adversarios, que fuera generoso con los que se equivocan, con los que han pecado y fracasado y tratara del mismo modo al amigo y al enemigo, suponiendo que a un historiador sincero le sea posible tener amigos” (Lord Acton 2000: 322).

¹¹ También los Estados Unidos de América. *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* empezó a publicarse en 1776, el mismo año de la Declaración de Independencia. Un estudio de la escritura republicana de Gibbon y de la escritura constitucional americana despejaría muchas de las incertidumbres asociadas a la diferencia fundamental entre la Revolución americana y la francesa, entre una revolución activa y una revolución pasiva; en última instancia, entre la República y el Imperio. Repárese en que los editores prefieren “Napoléon” a “Imperio” como idea central.

Al Prefacio le seguía una Nota Introductoria de Mandell Creighton, obispo anglicano de Londres e historiador del Papado, fallecido, como lord Acton, antes de publicarse la *Modern History* y a quien el historiador le había dirigido en 1887 su famosa (y muy gibboniana) frase “el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente” (SW 2.383). Creighton insistía, sobre todo, en la división del trabajo de la historia, en la que se basaba el método de la obra. De los diecinueve capítulos que formaban el primer volumen y que abarcaban desde ‘La era del descubrimiento’ hasta ‘La víspera de la Reforma’, el tercero, dedicado a ‘La conquista otomana’, es el que más podría servirnos de ayuda para trazar, si existe, la genealogía gibboniana de la empresa de lord Acton. Su autor, J. B. Bury, había heredado la cátedra de Acton en Cambridge y publicado con anterioridad, entre 1896 y 1900, la *Declinación y caída* de Gibbon en una edición que se consideraría de referencia durante todo el siglo XX hasta la de Womersley en 1994.

Bury fue también el primer bizantinista en lengua inglesa y el maestro de sir Steven Runciman, uno de los principales detractores de la concepción gibboniana de la “revolución pasiva” del Imperio oriental. De acuerdo con el esquema impuesto por lord Acton, la *Modern History* carecía de notas, lo que favorecía la narración pero eliminaba el gran recurso gibboniano de la ironía erudita. Gibbon había suprimido las notas, precisamente, en el capítulo XLVIII, que los bizantinistas han entendido, desde Bury, de una manera demasiado literal por no haberlo leído de una manera suficientemente literal. La propia escritura de Bury era, en efecto, demasiado literal, casi sin matices, y, a pesar de la generosidad que lord Acton había exigido del historiador moderno, delataba casi desde el principio la parcialidad de su profesión de fe anglicana. La literalidad no significa siempre precisión y era impreciso desde luego referirse a los turcos al mismo tiempo como nómadas, como un Estado, como un Imperio, como un reino y como una religión ajena a la Europa cristiana e intolerante. Cómo se vieron los otomanos atrapados en la marea de la invasión mongola y su poder casi se vio arruinado, cómo se recuperaron bajo la prudente guía de Mahomet I, cómo la ola de conquista volvió a elevarse bajo Murad II hasta que su Imperio europeo quedó sellado por la captura de Constantinopla, “todo esto –concedía Bury– lo ha contado Gibbon”. Bury retomaba la historia en 1453¹².

¹² Véase *The Cambridge Modern History* 1907: vol. I. El vol. VIII estaría dedicado a la Revolución francesa (incluyendo el Imperio, al que se dedicaba por completo el vol. IX) y el vol. XI al auge de las nacionalidades, con un capítulo dedicado expresamente a la consecución de la unidad federal de los suizos, que completaba el capítulo sobre la historia suiza en el vol. VI (en ambos casos el viejo tema gibboniano de la libertad de los suizos). Véase Altholz 1996: 722-36.

5. Conclusiones

Podríamos preguntarnos a propósito de la historiografía lo mismo que podríamos preguntarnos a propósito de la historia: cuál es el tribunal que decide lo que se gana y lo que se pierde y con qué se sustituye lo que queda obliterado. Aun concediendo a lord Acton y a su discípulo Bury cuanto es innegable concederles –en lo esencial, el incremento de los materiales a los que debe atender el historiador moderno y la exigencia de especialización–, el resultado no supone siempre una ganancia. En el largo plazo de la historia, *learning* no puede sustituir a *writing*: sin una escritura que sustente el conocimiento, la transmisión se debilita. Gibbon podía conocer menos el griego y las fuentes orientales que estaban en parte cegadas para él; su gabinete era, sobre todo, literario, y él mismo comprendió, al tratar de escribir la historia de la libertad de los suizos, que el desconocimiento del idioma original y la imposibilidad de acceder a los archivos eran obstáculos casi insuperables. No lo fueron del todo, sin embargo, para escribir la parte bizantina de la historia, como no lo habían sido en modo alguno para escribir la parte occidental. La explicación no puede ser otra que el convencimiento de haber dado, simultáneamente al hallazgo de su escritura, con una pauta de lectura e interpretación mucho más rigurosa de lo que le conceden los historiadores académicos desde el siglo XIX, sin necesidad de relegar su obra a los estantes de la literatura inglesa. Que su inglés fuera, hasta cierto punto, una invención del propio Gibbon, que se había expresado en francés hasta muy poco antes de empezar a componer su *Declinación y caída*, advierte de la distancia que supo poner entre la forma que iba a darle a su contenido y el fondo cuya extensión debía limitar. En lo que se refiere a la mera narración, Gibbon no ha sido superado por lord Acton ni por Bury y solo Runciman ha logrado darle a su *Historia de las Cruzadas* la emoción peculiar de la auténtica prosa histórica. Pero el fondo es aún más importante y tal vez nada lo muestre mejor que la comparación que cualquier lector podría establecer entre el capítulo LXIV de la *Declinación y caída* de Gibbon, dedicado a la idea de la jurisprudencia romana, y las páginas que Bury dedica a la “constitución otomana”. Solo se precisa un poco de formación jurídica para recordar lo que Ulpiano inscribió al principio del *Digesto* sobre la imposibilidad de disimular, cuando se tiene, una filosofía.

En su Introducción a la edición de la *Declinación y caída*, Bury había comparado a Gibbon con Tácito y Tucídides y se había resistido a dejar a un lado el carácter literario de la obra, ofreciendo al lector las variaciones estilísticas de las propias ediciones de Gibbon. Señalaba, sin embargo, que su fama dependía de una sola idea: la de haber descrito el triunfo de la barbarie

y de la religión. Sea o no correcta esa perspectiva (la supuesta perspectiva de Gibbon y la perspectiva de Bury), desde luego no lo es pasar por alto los capítulos teológicos de la *Declinación y caída* ni su historia eclesiástica, como hace Bury. El mencionado capítulo sobre Atanasio ha pasado casi inadvertido, entre los capítulos sobre el emperador Juliano, hasta la actualidad¹³. Tan melancólico como pudo parecerle a Gibbon el panorama tras la culminación de su obra es el hecho de que solo por el interés propio de un anticuario, y ancilar respecto a su gran predecesor, nos acercamos hoy a Bury. Casi en el tercer centenario del nacimiento de Gibbon, *La historia de la declinación y caída del Imperio romano* sigue suscitando una rara admiración que no encuentra parangón en los fragmentos que constituyen, en última instancia, el legado de lord Acton y de su escuela. De Acton nos sigue faltando, en efecto, la memoria de una obra.

¹³ Aún es pronto para extraer todas las consecuencias del inmenso estudio de J. G. A. Pocock *Barbarism and Religion*, que, significativamente, no comprende la parte bizantina de la *Declinación y caída*. En su Conclusión, Pocock advierte que “hay una historia por escribir sobre la recepción de la *Declinación y caída* y el papel de Gibbon en un mundo que no vio, pero será en su mayor parte, aunque no por completo, una historia más pasiva que activa, menos atenta a la escritura de Gibbon que a leer a Gibbon” (Pocock 1999-2015: 6.509). Las traducciones de Gibbon que el autor de este artículo ha emprendido, este artículo mismo y el mencionado monográfico sobre Gibbon en *Araucaria* tratan de contrarrestar esa predicción y contribuir a la historia activa de la *Declinación y caída*. Agradezco a Rubén Villacañas y a Andrés Alonso Martos su lectura y comentarios, que han mejorado la expresión de lo que me había propuesto decir en algunos aspectos de importancia, y a Paloma de la Nuez que me invitara a escribirlo.

Bibliografía y referencias:

- Lord Acton, *Selected Writings*, ed. de J. Rufus Fears, 3 vols. (Indianapolis, 1988).
- , *Lectures on the French Revolution* (Indianapolis, 2000). Josef L. Altholz, ‘Lord Acton and the Plan of *The Cambridge Modern History*’, en *The Historical Journal* 39/3 (1996), pp. 722-36.
- Ausonio, *Obras*, trad. de Antonio Alvar, 2 vols. (Madrid, 1990).
- The Cambridge Modern History*, ed. de A. W. Ward, G. W. Prothero y Stanley Leathes, 13 vols. (Nueva York, 1907²; 1^a ed., 1902).
- Edward Gibbon, ‘Introduction a l’histoire générale de la République des Suisses’ (1767), en *The Miscellaneous Works of Edward Gibbon, Esq.*, ed. de lord Sheffield, 5 vols.; vol. III, pp. 239-330 (Londres, 1814).
- , *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* [1776-1788, 6 vols.], ed. de David Womersley, 3 vols. (Londres, 1994).
- , *Memorias de mi vida*, ed. de A. Lastra (Madrid, 2022 a).
- , *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, ed. de A. Lastra (Barcelona, 2022b).
- Antonio Hermosa Andújar, ‘Ejercicio del poder y legitimación de la tiranía: de Augusto a Tiberio’, en Filópolis VII. Seminario permanente de filosofía política de La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados, marzo de 2022 (<https://www.youtube.com/watch?v=FIKhJGyoC7E&list=PLi-6U-LmwPxksbARNbMXQJHIDFP8S06ss&index=1&t=144s>).
- Roland Hill, *Lord Acton* (New Haven, 2000).
- Gertrude Himmelfarb, *Lord Acton. A Study in Conscience and Politics* (Grand Rapids, 2015²; 1^a ed. 1952).
- J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, 6 vols. (Cambridge, 1999-2015).
- José Luis Villacañas Berlanga y Antonio Lastra, *La revolución pasiva de Franco*, en *Mundo interpretado*
<https://www.youtube.com/watch?v=YD0jUhf8IZ4&list=PLeuCJxF00EPp-WDRnTITMqjYWncicNVm&index=19>.